

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

UNIDAD SINDICAL

Suponemos que no se querrá la unidad sindical como la que existió en Alemania en 1914 para hacer la guerra a Francia, y en Francia para hacer la guerra a Alemania; suponemos que no se quiere la unidad sindical que hubo en todos los países industriales para sabotear la revolución en 1918-20; suponemos que no se quiere la unidad sindical estilo D'Aragona para cooperar con Giolitti y el fascismo en la destrucción y el sabotaje del hermoso movimiento de la ocupación de las fábricas; suponemos que no se quiere la unidad sindical sobre las bases que la realizó el fascismo en Italia y el bolchevismo en Rusia, haciendo de los sindicatos órganos del Estado, parte integrante del Estado, que bendicen pasivamente, por medio de sus comisiones ejecutivas, todos los actos de sus amos, incluso los más antiproletarios.

Y si no se quiere esa unidad, si se quiere el fomento de la revolución y de la liberación humana, es preciso que la organización obrera tenga su ideal de futuro, su finalidad revolucionaria. Entonces no sería ya una unidad sindical, sino una unidad revolucionaria. ¿Y los proletarios, las organizaciones sindicales proletarias que no quieren la revolución? Esas tendrían que quedar fuera de la unidad de los trabajadores. Y avanzando un poco más en el examen de los hechos y de las palabras, observamos que el concepto de revolución es muy variado y contradictorio. Para algunos la revolución se reduce a un cambio del partido político gubernativo, para otros a la transformación de la monarquía en república constitucional, para otros al bautizo del Estado con el nombre de proletario, para otros a la destrucción del Estado, del principio de autoridad y de la propiedad privada monopolista y a la reorganización social de abajo a arriba, por medio de la libre asociación de los individuos y las asociaciones libres. La unidad, pues, con finalidad revolucionaria, es sumamente deficiente si no se define primero qué es lo que entendemos por revolución. ¿Queremos una revolución que conserve el capitalismo y el Estado o una revolución que los destruya? Hay que ponerse de acuerdo sobre ese punto antes de llevar a cabo una unidad para la revolución y con fines de revolución. Lo cual produce una nueva escisión en el seno de las masas tra-

bajadoras. ¿Hemos de temer o de fomentar ese proceso de definiciones y esclarecimientos ideológicos? Creemos que ese avance hacia una plena conciencia del verdadero camino de la emancipación social es un progreso deseable, digno de todos los esfuerzos en pro de su acercamiento.

Los camaradas de la Confederación del Trabajo de Portugal tienen otra vez en sus filas la discusión de la unidad sindical, iniciada por los reformistas de tendencia amsterda-

mente expuesto en varios años de batalla: para nosotros las organizaciones valen por las ideas de superación que prestigian y aspiran a realizar; la organización por la organización no tiene más virtud que mantener una burocracia parasitaria; la idea de la revolución no saca ninguna ventaja de su existencia.

La C. G. T. de Portugal había adoptado en su congreso nacional de Covilha una base ideológica susceptible de unir al proletariado de Portugal en la amplia vía de la revolución libertadora; su defensa implica la escisión; su abandono implicaría también, seguramente, la escisión. Nos escisión por escisión, nuestros camaradas de Portugal deben defender principios revolucionarios que valen mucho más que la organi-

proceda por la vía del "escisionismo" y que no tenga su aspiración más o menos franca a crearse en el seno de los sindicatos un campo propio de acción. Por eso nosotros rechazamos con la más rotunda negativa, con la más abierta oposición a todo propósito unificador. La unión que no se establece por la fuerza de las circunstancias, que no es fruto de la actividad espontánea de los elementos afines y que necesita de la discusión, del examen protocolar en conferencias y congresos, es una maniobra de inclaros propósitos.

¿Es que no quisiéramos nosotros la unidad del proletariado? ¿Es que a pesar de cuanto hemos escrito y dicho contra la táctica del unificación sindical se nos ha escapado alguna vez, por equívoca tan solo, una frase que condenase la unidad del proletariado? No, al contrario, al combatir a los propulsores de la unidad sindical hemos combatido a los escisionistas sistemáticos del movimiento obrero, hemos combatido a los pescadores del río revuelto de las discordias sembradas en el seno de las organizaciones gremiales.

Lo que hemos dicho es que toda organización, toda unión de individuos tiene que tener un propósito; la unión por el mero lazo del oficio o de la industria no tiene nada que ver ni con los intereses de los trabajadores, ni con los de la revolución; hay, por ejemplo, asociaciones obreras de jugadores de foot-ball, de socorros mutuos, de electores, etc., etc. y nadie se atreverá a decir que con ello se defienden causas que atañen a la emancipación proletaria. ¿Se dirá que los sindicatos son otra cosa? Pueden serlo, porque el sindicato es un nombre que puede tener la aplicación que se quiera darle, hay sindicatos capitalistas o, si quiere quedar en el terreno proletario, hay sindicatos católicos, fascistas, socialdemócratas, anarquistas; lo que no hay por ninguna parte, ni los hubo jamás, fuera de la imaginación de algunos teóricos que vivieron en las nubes, son sindicatos puramente gremiales, ajeros a toda tendencia futurista. Aspirar a tener un movimiento obrero sin ninguna idealidad de futuro, aparte de su imposibilidad práctica, sería tanto como reconocer la justicia del orden capitalista y sancionar la eternidad de un régimen de explotados y explotadores, de dominados y dominadores. ¿Para eso se quiere la unidad sindical?



riana y por los malabaristas de orientación moscovita; se quiere desviar a la C. G. T. de su finalidad revolucionaria, de sus aspiraciones libertarias y por eso el recurso gastado de la unidad sindical ofrece un argumento efectista. No sabemos si nuestros camaradas responderán a esas maniobras con las palabras que se merecen; por lo pronto vemos o la prensa anarquista portuguesa en una viva campaña contra la escisión de la C. G. T. en nombre de la unidad sindical.

No podemos prever aún cuáles serán los resultados finales del actual proceso de crisis interna que atraviesa la C. G. T. de Portugal. Nuestro punto de vista ha sido amplia-

ción misma, y que tarde o temprano habrán de abrir a la humanidad las puertas de la tierra de promisión del porvenir.

¡Siempre con la libertad, siempre con la justicia, siempre con la revolución! Sobre esas bases levantaremos los libertarios la verdadera unidad del proletariado.

Es ya casi proverbial en todas partes nuestra hostilidad al "unificaciónismo" proletario; cuando hemos podido, hemos oír nuestra voz de protesta ante esa maniobra desleal, que explota un concepto importante en la destrucción del capitalismo para pesear en el río revuelto de las escisiones. Porque no hay predicador de la unidad sindical que no



EMMA GOLDMAN

MAYORIAS Y MINORIAS

Si hubiera que juzgar sumariamente la tendencia de nuestro tiempo, diría simplemente: Cantidad. La multitud, el espíritu de la masa...

En política nada más que cantidad; esto sólo importa. En la proporción que desconocen, ya sean sus principios, sus ideales, sus postulados de justicia...

Jamás la corrupción, la completa podredumbre fué tan evidente en el aparato gubernativo; jamás el pueblo norteamericano se vió obligado a enfrentarse con la naturaleza de Judas de nuestras corporaciones políticas...

Pero cuando los crimenes de ese partido político se muestran a la luz del día, tanto que el más ciego no dejaría de notarlo, le será suficiente lanzar sus solitas promesas deslumbrantes...

Se dice que el artista de la actualidad no puede darnos verdaderas creaciones, porque, lo mismo que Prometeo, se halla encadenado a la roca de las necesidades económicas...

El supuesto mecenas de nuestros días no posee otro criterio que el valor material de una obra de arte: el dólar. En nada le atañe la calidad intrínseca de grandes obras...

El más imperdonable pecado para la sociedad es la independencia intelectual. Si esto resalta más en un país cuyo símbolo es la democracia, también eviden-

cia cuán grande es el poder de las mayorías.

Wendel Phillips dijo, hace cincuenta años: "En nuestro país de absoluta igualdad democrática, la opinión pública no es sólo omnipotente, sino omnipresente. No hay un refugio a donde no llegara esta tiranía, no hay escondido donde no nos alcance; y el resultado es este: se empuja la linterna del griego famoso y se va en busca de un centenar de norteamericanos, y entre ellos no se encontrará uno que no tenga algo que ganar o perder por parte de la buena opinión que sustentaran los que los rodean...

Hoy, como ayer, la pública opinión es el tirano omnipotente; hoy, como entonces, las mayorías nos representan más que una masa de cobardes, prestos a aceptar aquel que encarne el espejo de su pobreza mental y espiritual.

Por otra parte, los hombres, por encima, muy por encima de estos pigmeos políticos, hombres de refinada cultura, de facultades creadoras, son reducidos violentamente al silencio, como si se tratara de personas afehinadas. Es absurdo que se quiera calificar de individualista la época presente...

El principio de la fraternidad humana, traído por el agitador de Nazareth, pudo preservar el germen de una nueva vida, de verdad y justicia, hasta el día que fué una antorcha de luz para unos pocos.

Desde el momento que las mayorías se apropiaron de este gran principio, se convirtió en la materialización de una ritología que produjo por doquiera sufrimientos y calamidades incontables. Los ataques llevados a cabo contra la Roma papal por las colosales figuras de Huss, Calvino y Lutero fué como una irradiación aurora en la densa noche.

El más imperdonable pecado para la sociedad es la independencia intelectual. Si esto resalta más en un país cuyo símbolo es la democracia, también eviden-

to de las verdades que con el andar del tiempo resultaron falsas.

Políticamente, la raza humana se encuentra actualmente en una absoluta esclavitud si no fuera por los héroes que surgen de cuando en cuando: un John Bull, un Wat Tyler, un Guillermo Tell...

En todo período que se inaugura son los menos los portabanderas de las grandes y nuevas ideas, del esfuerzo precursor de la liberación.

Esta verdad resalta con mucha más fuerza en Rusia que en cualquier otro país. Miles de vidas fueron las sacrificadas por ese régimen de sangre y terror, y aun no ha sido aplacado el monstruo del trono.

En las luchas norteamericanas por la libertad las mayorías no dejaron de ser uno de los mayores obstáculos. Hasta en nuestros días las ideas de Jefferson, de Patrick Henry, de Tomás Paine son negadas y vendidas por poco precio por las mayorías.

Hará unos cincuenta años que una idea, cual rudo meteoro, hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea que iba muy lejos, enteramente revolucionaria, que lo abarcaba todo en un solo abrazo...

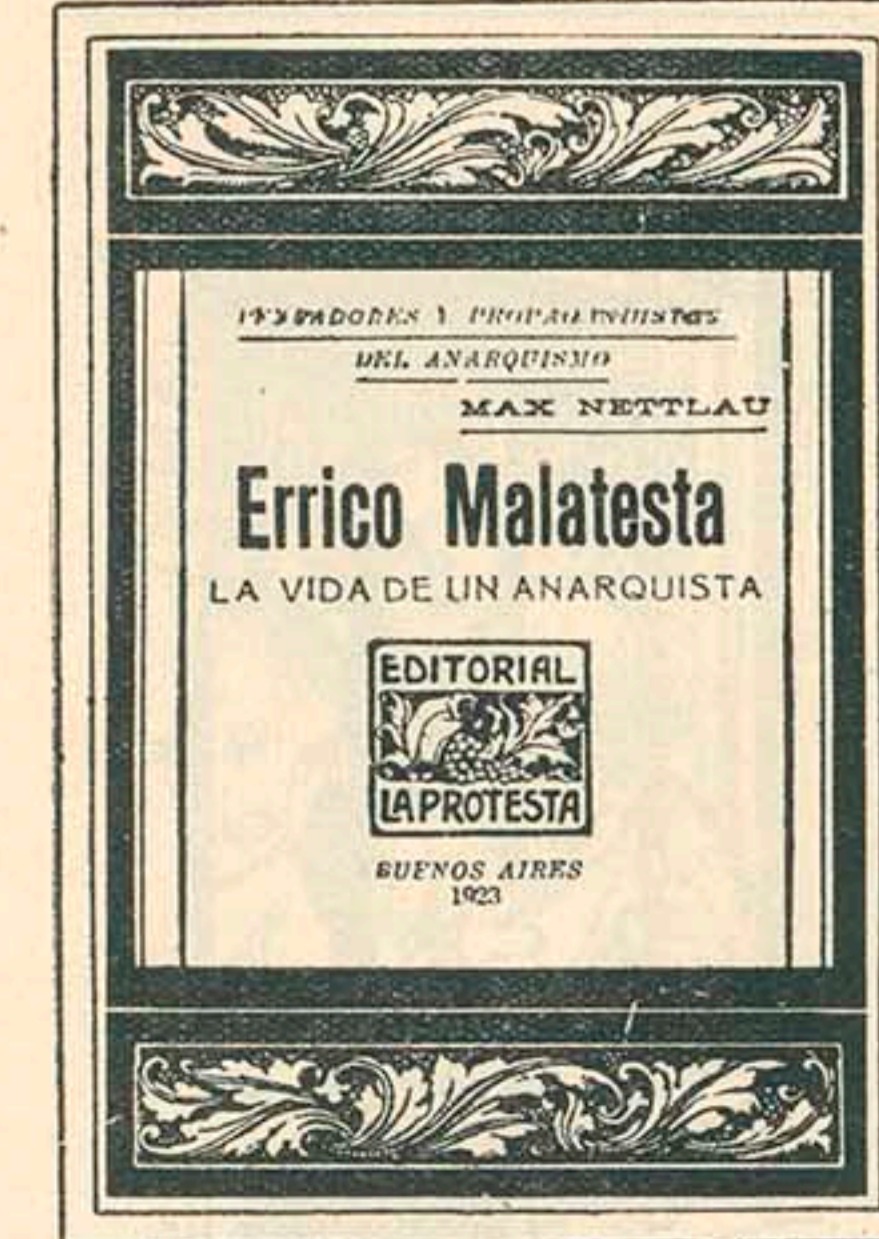
El hombre rico, así como la pobre víctima que explota; los que hacen las leyes, como las autoridades y el infortunado delincuente; el libre pensador, así como el perpetrador de las falsedades religiosas; la señora a la moda, así como su sirvienta...

política sabe muy bien cantar las loas de la masa; dice: "Las pobres mayorías, la ultrajada, la maltratada, pobre este gigante si no quisiera seguirnos a nosotros."

¿Quién no oyó esta misma letanía varias veces y en todo tiempo? ¿Quién no se sabe de memoria este invariable estribillo en los labios de todos los políticos. Que la masa sangra por cada paso que da, que se la roba y se la explota, lo sé tanto yo como esos que mendigan votos. Pero insisto que no es ese grupo de parásitos, sino la masa la culpable de este terrible estado de cosas.

No es que no me adolore con los oprimidos, con los desheredados de la tierra, no es porque no conozco el horror, la vergonzosa e indigna vida que conduce el pueblo, que repudio las mayorías como una fuerza creadora de bondad.

En otras palabras, la viviente verdad de un social y económico bienestar no llegará a transformarse en realidad, sino por el esfuerzo inteligente, el intrépido valor de las minorías poseedoras de una perfecta independencia mental, y no por obra y gracia de las masas.



Un tomo en rústica \$ 1.20 " " " papel pluma \$ 2.- " " " encuadernado en tela \$ 3.50

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

Carlos Pisacane nació en Nápoles el 22 de abril del año 1818, hijo de una familia aristocrática. Desde niño se aficionó por las cosas de la guerra y fué educado en la profesión de las armas, distinguiéndose en las matemáticas. Durante cuatro años fué jefe en la casa real, sin dejarse seducir por los hábitos cortesanos.



En 1839 ingresó en el ejército. Sobresalió como ingeniero y en calidad de tal su fama se extendió por toda Italia. Tuvo numerosas aventuras en las guerras de aquel tiempo, recibió heridas graves y tomó una participación activa en la vida política de entonces. Después de caer Milán en poder de los austríacos, se refugió en Suiza, donde conoció a Giuseppe Mazzini, de quien fué amigo fiel y admirador.

Los conjurados se embarcan en el Cagliari, en alta mar obligan al capitán a ceder el comando, se apoderan de armas, y el 27 de junio desembarcan en Ponza, donde libertan a los prisioneros condenados por los tribunales borbónicos...

He podido tener en préstamo uno de los libros que, en mi pasión de bibliófilo, he buscado más en el pasado; y el poderlo tener entre las manos me ha costado un viajeito un tanto escabroso: los Saggi Storico-Político-Militari sull'Italia, de Carlos Pisacane...

Recuerdo que cuando salieron a pública subasta en Roma los libros de la biblioteca de Francesco Crispi — en la que estaba ampliamente representada la literatura revolucionaria europea — el primer volumen, el único que había, los Saggi de Pisacane, fué comprado por un ministerio en 300 liras...

Ahora he llevado a casa ese libro; y hojeo las páginas con un mayor sentido de conoición, porque el ejemplar que puedo consultar es el mismo que fué hallado hace cerca de cincuenta años. Fue, si mal no recuerdo, hacia 1878, cuando Cafiero escribió a un amigo: "Eureka! he hallado los escritos de Pisacane..."

Saverio Merlino publicó poco después un opusculo sobre Pisacane; y más tarde habló extensamente de él, revelando su pensamiento anarquista, Nicolo' Conversi, hasta que en 1894, Grazia, Magalodi y Olivetti publicaron en Bolonia la parte más importante y aun viva de esta obra — el ensayo sobre La Rivolu-

de vista de las ideas, del noble héroe de Sapri — en espera de que algún valeroso editor quiera reeditarla, no ya en fragmentos, sino completa.

De Pisacane se ha publicado y se encuentra aún en circulación (Alberighi y Legati, Milán) un libro de notable importancia histórica sobre La guerra combattuta in Italia negli anni 1848-49. Podría considerarse como el complemento histórico del trabajo teórico que vino después, o bien como su introducción. El anónimo autor de los apuntes sobre la vida de Pisacane, que sirven de introducción a la primera edición de los Saggi, nota cómo en el libro sobre las guerras de 1848-49 Pisacane, que tuvo tanta participación en ellas, "ni siquiera registró su nombre (ejemplo raro en nuestros tiempos llenos de hombres sin méritos y fanfarrones); sin embargo, aquellos a quienes él vió en aquel tiempo y que lo conocieron, declaran en forma espontánea que de las buenas cosas llevadas a cabo por aquella Comisión, que tanto contribuyó a defender la ciudad y a mantener la gloria de las armas italianas, la parte principal de las alabanzas le corresponden a Pisacane; y a él quieren atribuir también debidamente el haber ordenado aquel honor de armas del 30 de abril que tanto honor proporcionó al nombre italiano" (1).

A propósito del carácter radicalmente antimazziniano de las ideas y de los escritos de Pisacane, hay un hecho que ilustra singularmente la nobleza de alma y de corazón suyos, el haber permanecido, no obstante, hasta el fin, en el sólo amigo personal de Giuseppe Mazzini, sino su colaborador hasta el último instante de su vida y hasta el extremo sacrificio.

Magnífico ejemplo de desinterés y de abnegación para presentar a ciertos revolucionarios de nuestros tiempos, los cuales, por la más pequeña desavenencia técnica, por el más pequeño contraste táctico, se ponen contra todos y contra todo, envileciendo e injuriando a los compañeros más sinceros, volviéndose sus enemigos o casi, y haciendo imposible la ejecución práctica de cualquier iniciativa!

A propósito de la colaboración de Pisacane y Mazzini, como veo que en los apuntes que sirven de introducción a estos ensayos el anónimo autor habla de "importantes escritos que son dignos de ser más conocidos y leídos" dados por Pisacane a la revista L'Italia del Popolo de Laussana hacia fines de 1849 y principios de 1850, creo que sería muy útil volverlos a buscar y ver si conviene publicarlos de nuevo. No sé si uno de esos escritos es el que reeditó un círculo republicano de Roma, bastante interesante por cierto, algunos años antes de la guerra, precisamente sobre la república romana de 1849.

El cuarto volumen — el ensayo sobre la Organizzazione dell'Esercito Italiano — se ha vuelto a publicar por Arcangelo Ghisleri, en la Biblioteca Rara de San don, Palermo, con el título: "Como ordenar la nación armada" y con un prefacio de Rensi. Pero también este pequeño volumen está incompleto, habiendo Ghisleri dejado fuera las partes de carácter, diremos así, técnico, evidentemente superadas por los tiempos.

El primero y segundo volumen, en cambio, han quedado desconocidos para los más, porque no se volvieron a publicar nunca; y se podría decir que son inéditos, pues aquélla primera edición fué en pocos años, no difundida, sino dispersada. Cuando era un muchacho me contaba algún compañero de los más viejos que los escritos de Pisacane no se encontraban ya porque los monárquicos y los republicanos habían competido en recogerlos de la circulación, temiendo así el carácter demasiado despiadadamente hostil a la Casa de Saboya y otros la tendencia libertaria, socialista y antimazziniana. No sé lo que habría de verdad en todo eso!

No creo del todo inútil para los lectores el hablar un poco de esta obra, la mayor y más importante desde el punto de vista de las ideas, del noble héroe de Sapri — en espera de que algún valeroso editor quiera reeditarla, no ya en fragmentos, sino completa.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

La recaudación de impuestos crea indirectamente nuevos explotadores. El gobierno exigía de la población los impuestos que no pagaba; se les torturaba, mataba y sus bienes se confiscaban. Los que pagaban se arruinaban. Entonces los más astutos, los que supieron eludir el pago de los impuestos — hombres por lo general allegados al gobierno — hacían trabajar a los productores arruinados en su beneficio, haciéndolos pasar por los organizadores de la obra que realizaban otros. Los obreros se dedicaban a la producción de tal o cual objeto de acuerdo a sus capacidades técnicas, a las necesidades del consumo, etc.; los patronos y sus acólitos disfrutaban los frutos de este trabajo y se atribuían a sí mismos los méritos de la invención, elaboración y producción de dichos objetos.

En la acumulación primitiva de capitales desempeñó un papel importante la explotación de esclavos, de la tierra y de sus entrañas. También contribuyó grandemente a ello la renta, por el arriendo de la tierra usurpada.

La usura bajo todos sus aspectos, ha creado y crea capitalistas nuevos. La antigua manufactura proporcionó medios de enriquecimientos a algunos de los capitalistas modernos.

Muchos son los medios de los que se valen gobernantes y capitalistas para mantener en la pobreza a las masas trabajadoras y enriquecerse a su costa. Los impuestos, para cuyo cobro los gobernantes despojan al pueblo productor y consumidor, superaron en los tiempos modernos, por sus proporciones, a todas las

formas del despojo antiguo, coadyuvando a mantener los capitales antiguos y creando capitales nuevos. Mencionaremos a propósito algunas citas interesantes. "Los nueve décimos de las fortunas colosales que vemos en los Estados Unidos, deben su origen — dice Henri George en su libro "Problemas sociales" — a alguna estafa de importancia hecha con la ayuda del gobierno. En Europa, en nuestras monarquías y repúblicas, nueve décimos de las fortunas tienen el mismo origen. "Este es el único medio de hacerse millonario" — dice P. Kropotkin (1). "El derecho de propiedad — decía León Tolstoy — se considera un derecho sagrado y se justifica por el hecho que la propiedad es fruto de la sobriedad y de la laboriosidad útil a los hombres. Basta, empero, investigar el origen de todas las fortunas considerables para convencerse de lo contrario. Las fortunas surgen siempre de la violencia — que es lo más común — o de la avaricia, o de una gran estafa, o del engaño crónico, como el que practican los comerciantes. Cuanto más moral sea el hombre, tanta mayor seguridad hay de que pierda la fortuna que posee; y tanta más fortuna adquiere y la aumenta el que es más inmoral e inescrupuloso. La sabiduría popular dice: "De trabajos justos nadie adquirirá palacios de piedra", y que "del trabajo no te harás rico, sino jorobado". Así era en la antigüedad y mucho más lo es ahora, en que la distribución de las riquezas se efectúa desde hace mucho del modo más injusto. Aunque se admitiera que en la sociedad primitiva podía el hombre más sobrio y laborioso adquirir más que el derrochador y perezoso, nada de eso se puede admitir en la sociedad actual. Por más sobrio y laborioso que sea el trabajador que labra la tierra ajena, que compra los objetos que necesita al precio que estipulan sus poseedores y que trabaja con máquinas e instrumentos de otros y para los de-

gen de las grandes religiones debe ser estudiado con cuidado. Sus fundadores sabían cómo encargar la propaganda. Opinó que el arraigo y la maravillosa influencia ejercida durante siglos por los dichos atribuidos a Cristo es debida a su simplicidad y a su belleza. Su persistencia a través de tantos siglos es un espléndido testimonio del poder del estilo.

(1) *Sobre el papel del Estado en el proceso de la acumulación primitiva y moderna de los capitales, véase la obra de P. Kropotkin "La ciencia moderna y la anarquía".*

Londres, octubre de 1926.

géné Varlin — no había conseguido nadie; libertar grandes masas obreras de la hipnosis política y agruparlas para la lucha económica efectiva. Por sí mismo no se hace algo de esa naturaleza; los numerosos sindicatos existentes eran siempre una masa sin voluntad, que aprovechó éste o aquel político o un socialista desinteresado de alguna estrecha escuela temporalmente para sus fines y luego la volvió a dejar. Hacía falta una fuerza rara, enteramente propia, una fuerza que se dedicase solamente a esa misión, desinteresadamente, consciente de su finalidad, de amplia mirada, teóricamente indomable y sin embargo prácticamente a la altura de las inentabables dificultades cotidianas, para despertar finalmente a las masas obreras de que se abusó políticamente tanto, y que fueron siempre burladas, a la conciencia de su propia fuerza; a esas masas apenas arrancadas a la iglesia y a los políticos burgueses y caídas de inmediato en las garras de los políticos socialistas ambiciosos, a fin de agruparlas por fin para sus propios objetivos. Es de interés considerar de cerca al hombre que, el primero, consiguió eso.

Una familia valdense del siglo XV residente en Piemonte, — cuyos precursores eran, pues, "herejes" valdenses escapados de Francia y refugiados en los valles sudalpinos, — después de haberse adherido al protestantismo es forzada en el siglo XVII a huir de Piemonte a Lyon y nuevamente de Francia a Alemania, a Leipzig, luego a Berlín, donde vive más de medio siglo, hasta que a mediados del siglo XVIII una rama de la misma se va a residir a Nantes, la ciudad portuaria del Este de Francia. Eran gentes que se manifestaban fuertemente por sus convicciones, aunque también éstas se desarrollaron algunas veces muy diversamente. El abuelo de Fernad, nacido en 1808, era un republicano militante, que editó en el sur de Francia periódicos sobresalientes de esa tendencia, mientras que uno de sus tíos era realista militante y conspirador. El padre de Pelloutier — éste mismo nació en Nantes el 1 de octubre de 1867 — no

sobresalió y fué empleado de gobierno en las oficinas postales; hizo educar a su hijo en un internado dirigido por los jesuitas en la proximidad de Saint Nazaire, una pequeña ciudad portuaria, — un establecimiento, según parece, muy descuidado, en donde el niño, ya débil, adquirió el germen de su enfermedad mortal, la tuberculosis laríngea. Se sabe, por ejemplo, por el *Sebastián Roch* de Octave Mirbeau, cuán desconsolada es la vida en esos internados. El joven Pelloutier, que escapó en vano dos veces, fué finalmente alejado cuando se le encontró una poesía satírica anticlerical, y su carácter indisciplinado pareció indeseable a los jesuitas como "mal ejemplo". Luego concurrió al colegio urbano de Saint Nazaire.

En Saint Nazaire se piensa en Aristides Briand, que habitaba allí, y realmente entraron en contacto temporalmente su camino siempre ambicioso y el camino siempre desinteresado del joven Pelloutier (1885); Briand aprovechaba toda ocasión para ponerse a la cabeza como candidato y Pelloutier, que apoyaba todas las aspiraciones republicano-radicales lo mismo que el anticlericalismo, apoyó a Briand, el cual se dejó llevar a la altura por esas corrientes; pero en 1889 no triunfó todavía como candidato. Pelloutier escribió en grandes periódicos y fundó pequeñas publicaciones, escribió también una novela muy anticlerical; pero su salud se quebrantó, su rostro es desfigurado por el *tupus* tuberculoso; intenta en vano ocuparse como labrador en una aldea y fortificarse en su salud; vuelve en 1892 a Saint Nazaire sin haber sanado.

Entretanto se había vuelto socialista y precisamente guesdista, hasta fundó en 1892 la sección de ese partido obrero socialista en Saint Nazaire. Es su delegado al congreso del partido en Tours (septiembre de 1892); allí presentó en nombre de las *Bolsas del trabajo* de Saint Nazaire y de Nantes un informe sobre la *huelga general*, que fué aceptado el 3 de septiembre y publicado en *Avvenir social* (Dijon) en 1893. Aquí defendía todavía el punto de vista, después abandonado, que las cooperati-

vas debían recoger considerables masas de artículos alimenticios para tales huelgas; entonces, decía en 1895, entonces ardería la lucha gracias a esos almacenes, la lucha localizada de la revolución clásica, mientras nosotros deseamos la revolución que se encuentra en todas partes y en ninguna, que no ofrece ningún punto de ataque, que dispersa soldados por todo el país, los inmobiliza y por tanto los desmoraliza. La adopción de ese informe fué un triunfo contra los políticos guesdistas, con los que rompió Pelloutier ya entonces. El año 1892 vió también en el congreso socialista de Marsella la aparición de Aristide Briand, sobre lo que habría que leer, por ejemplo, los recuerdos de A. Zévaés, un político socialista muy versátil. (*Les débuts politiques de M. Briand*, en *La Nouvelle Revue*, París, 15 de diciembre de 1910). Los caminos de Pelloutier y de Briand se separaron desde entonces, si es que alguna vez fueron juntos, cuando Pelloutier, como muchos otros, ayudó desinteresadamente el ascenso de Briand en sus comienzos.

A principios de 1893 se trasladó Pelloutier a París; rompió pronto enteramente con los marxistas y se hizo anarquista convencido. Un desenvolvimiento natural para un hombre abnegado, cuando se considera la altura intelectual y moral alcanzada entonces por el anarquismo francés, al que los socialistas no tenían que oponerle más que una lucha ventilada siempre comercialmente por las actas parlamentarias. Las elecciones de 1893 produjeron por primera vez una gran cantidad de diputados socialistas, de 10 a 15; pero pusieron pronto fin en gran proporción al culto del sufragio. Se repitió el fenómeno producido en todos los países, que uno o dos socialistas en el parlamento causan a fin de cuentas una cierta impresión, pero en gran cantidad impresionan cada vez menos. Mientras estuvieron solos en el parlamento en Alemania, Liebknecht y Bebel; en Francia Besly y Camélinat; en Austria el Dr. Kronawetter y Pernertorfer (propriadamente no eran socialistas de partido), obraban ocasionalmente como el sollo en el estanque

de los socialistas se apoderaron del gobierno y, proclamando los medios de producción propiedad del Estado, organizaron la producción y distribuyeron los productos entre los miembros del nuevo Estado.

La vida nos ha demostrado hasta ahora y demostrará en adelante la incapacidad de los gobernantes de organizar algo. Lo que hicieron y lo que hacen los gobiernos de todos los tiempos y de todos los países es obra de destrucción y de desorganización. Hay quien dice que a su tiempo aparecerán los organizadores del gobierno socialista. Estos aparecerán cuando la técnica adquiera un desarrollo tal, que los organizadores modernos sean impotentes para dirigirla. La evolución económica lleva la sociedad hacia el socialismo. Cuando los capitales se concentran más de lo que están ahora, en manos de unos pocos, cuando la producción capitalista se estreche contra la escasez crónica de mercados y las ganancias disminuyan considerablemente, entonces aparecerán los dirigentes socialistas y lo organizarán todo sobre bases nuevas. No se indica con precisión la hora fija de esta transformación.

Todo este proceso es natural, lógico, fatal, progresivo. La sociedad humana como tal necesita organizadores y está condenada eternamente a estar dividida en organizadores y organizados.

Si ello es así, si es un proceso progresivo, no cabe en él una gran revolución que junto con el poder del capital destruya también el poder del gobierno. No se puede hacer la revolución para derrocar a los organizadores. Son únicamente posibles revoluciones pequeñas para sustituir a los organizadores incapaces de dominar la técnica del momento, por otros organizadores más aptos. Se puede, por una pequeña revolución, cambiar los gobiernos, substituir, en un momento propicio, un régimen, por ejemplo, el de la esclavitud, por otro cuyos dirigentes sean ferratenientes, o capitalistas. Se puede a su vez sustituir a éstos por funcionarios, hasta se puede prescindir de toda revolución, pero no se puede prescindir de la "dirección" de hombres por

hombres, excluir a los gobernantes de la sociedad.

Algunos socialistas y comunistas de Estado creen que un grupo de hombres que se apodere del gobierno y por la fuerza empiece a reconstruir el orden social al estilo socialista, logrará el objeto propuesto, pudiendo iniciar su actividad en cualquier momento del desarrollo del capitalismo.

Estos hombres no son portadores de una idea de progreso social, sino sencillamente creyentes en el poder de los llamados "organizadores".

XXIV

De un modo muy distinto interpretan la historia de la humanidad los anarquistas-comunistas. La disgregación de las comunas libres inicióse, no desde el momento en que aparecieron los "organizadores" necesarios a la sociedad desde que la técnica ha cambiado, sino desde que surgieron los conquistadores guerreros, cuya actividad tenía un carácter netamente desorganizador.

Cada conjunto de hombres organizados de por sí, con la ayuda del medio que le rodeaba y de cada uno de sus componentes. La nueva técnica apareció recién cuando este conjunto de hombres fué capaz de crearlas y de aplicarlas. Para emplear la nueva técnica no hubo necesidad de organizadores. Más aún; una nueva técnica no podía surgir en una sociedad cuyos miembros no fueron capaces de aplicarla.

Y si el conjunto de hombres que forman una sociedad dada no puede adoptar una técnica determinada, no hay "organizador" capaz de enseñárselo. Ningún organizador; hará que monos aren la tierra, ni que un salvaje maneje una complicada máquina moderna. Y únicamente el prejuicio teológico que inculcó en los hombres la creencia en el Gran Arquitecto — organizador del universo — hace que éstos conserven la fe en los organizadores de la sociedad humana.

La aparición de los conquistadores por la violencia, y de sus sucesores — caciques, caudillos, jefes, sacerdotes, dueños de esclavos, barones feudales, terratenientes, capitalistas, gobernantes etc. — que se apoyaban todos en los institutos de la violencia, impidió a la sociedad organizarse del modo más ventajoso, detuvo su progreso. Todos estos no organizaron ni la producción ni ninguna otra rama de la actividad social. Lo único que organizaron, y a las mil maravillas, fué la usurpación, la violencia y sus instituciones.